



Seducción nº 1

La primera cita

Llega el día de la primera seducción y me encuentro reflexionando con cierto hastío acerca del hecho de que los sucesos especiales de la vida, como los regalos de cumpleaños o el mantenernos en contacto con las viejas amistades, son siempre responsabilidad mía. ¿Por qué tengo que inventar yo la primera seducción? Quizás podríamos hablarlo tranquilamente esta noche, y tal vez diseñar entre los dos una programación en un póster o algo así. Con un programa en la pared uno sabe en qué punto se encuentra.

Pero entonces, en algún momento del proceso (cuando de hecho son cerca de las cinco de la tarde, y Herbert volverá a casa en una hora) caigo en la cuenta de lo tacaña mental que estoy siendo. El espíritu del asunto es no dar

al otro exactamente en la misma medida que lo que el otro te da, no traer forzosamente a esta historia las viejas irritaciones mezquinas de siempre. Una seducción es un acto de generosidad, un gesto de buena voluntad. La resistencia que siento hunde sus raíces en el miedo, no tanto en una verdadera sensación de haber sido objeto de agravio alguno.

Me lanzo casi literalmente al baño y me las ingenio para depilarme piernas y axilas a cuchilla sin excesivo derramamiento de sangre. Es un buen (aunque poco habitual) presagio. Puede que aún no tenga lista ninguna seducción, pero al menos estaré absolutamente adorable cuando él llegue a casa. Rocío la casa de perfume y me planteo si ponerme el vestido rojo, bastante provocativo, que me puse para una fiesta las navidades pasadas. No, pienso, no voy a disfrazarme de otra persona esta noche; me vestiré de mí misma. Quiero sentirme relajada y a gusto, no emperifollada como un pavo ridículo. Eso tiene más que un tufillo a ama de casa de urbanización residencial. Después de deliberar someramente la cuestión, apenas una pizquita, me enfundo en unas medias con costura, con unos calcetines hasta la rodilla por encima, mis mejores braguitas de volantitos, una falda vaquera y un jersey de rayas. Cuando me miro en el espejo me siento aliviada de ver que doy una imagen bastante normal, si bien levemente mejorada.

No es hasta el momento en que estoy aplicándome el maquillaje (profusión de raya negra en los ojos, en homenaje al enamoramiento más bien poco afortunado de

Herbert por la Gwyneth Paltrow de *Los Tenenbaum*) que se me ocurre una idea. ¿Qué tal si empezamos otra vez desde el principio?

Cuando conocí a Herbert, yo todavía vivía con mi madre, por lo que me quedaba los fines de semana en casa de él. Solía llevarme mis cosas en una maletita marrón estilo retro y quedábamos en el *pub*. Desde aquel entonces H ha comentado, con los ojitos empañados de emoción, que sabía que estaba de suerte siempre que me veía aparecer con aquella maleta. La auténtica McCoy se desintegró hace mucho tiempo, tras sufrir demasiadas veces el paseo de vuelta a casa bajo la lluvia, pero lo que sí que tengo es un maletín azul de aseo, comprado recientemente en una tienda de beneficencia, que podría hacer el mismo servicio. Por supuesto, la historia no tendrá ningún sentido si no la saco de casa. Para conseguir completamente esa sensación de «primera cita», debo encontrarme con Herbert en el *pub*.

Ya podía haberseme ocurrido antes de las seis. Rezando para que el tráfico del viernes noche retrase a H, me recorro la casa a toda prisa en busca de la dichosa maleta azul. Cuando finalmente la encuentro (encajada en un lateral del sofá, obviamente), está llena de libros. Los vuelco todos en el suelo del salón e inmediatamente los vuelvo a recoger al darme cuenta de que no tiene nada de seductor, ni lo más remoto, volver a casa y encontrártela hecha un erial recién arrasado por un bombardeo (si bien de hecho habría servido como recreación del estado en que se hallaba la casa de Herbert cuando le conocí). Coloco mi carte-

ra, mi teléfono y mis llaves dentro de la maleta, meto mis preciosos zapatos nuevos, blancos y negros, de cordones, y salgo pitando por la puerta, esperando no toparme con él por la calle.

Lo que sucede en realidad es que nuestra gata, Bob, me sigue prácticamente todo el camino hasta el *pub*, maullando para que le haga caso. A H, por el contrario, no le veo por ninguna parte. Me las ingenio para endilgarle el gato a una mujer que pasa con un niño pequeño y me cuelo rápidamente en el *pub*, donde me pido un vodka con tónica para calmar los nervios. Llevada por un antojo repentino, le pregunto al camarero si me pueden dar una mesa para dentro de un rato en el restaurante que tienen arriba.

Será una cita mucho más adulta que cuando nos conocimos. Aquella tuvo lugar la Nochebuena de 1995 en un bar de ambiente. Me había llevado allí otro hombre, quien enseguida se largó sin mí. Yo no conducía, los autobuses habían dejado de circular y mi madre no podía venir a buscarme hasta dos horas después. No me quedaba otra que sentarme sola y esperar que alguien quisiera charlar conmigo. Por suerte, esa persona fue Herbert. Nada más sentarse a mi lado, me sentí como si me hubiesen enfocado con un rayo abductor. De vuelta al hogar, comuniqué a mi familia que me había enamorado.

Me doy cuenta en el aquí y ahora de que estoy como un flan, sorprendentemente. Tiene todo esto un puntito como de aventura con riesgo. Espero que no se lleve una desilusión. Mientras transporto mi copa hasta una mesa,

reparo en que dos tipos junto a la barra me echan el ojo. Esto no me pasaba desde hace mucho, mucho tiempo. Debe de tener algo que ver con mi actitud resuelta (o quizás sea simplemente que estoy sola y que es viernes por la noche). Le mando un mensaje de texto a H: *Para mi primera seducción, te propongo una cita. Cuando estés listo, pásate por el pub.*

No responde. Doy un trago a mi vodka con tónica, pensando que casi con toda seguridad se le ha gastado la batería. Siempre lo mismo con el móvil de Herbert. Quince minutos después recibo un mensaje de respuesta diciendo: *Genial. Estoy en camino.*

Ya solo me queda por beber el hielo derretido del fondo del vaso cuando aparece Herbert vestido con su mejor camisa, con cara de más acojone que yo. Menudo par ridículo estamos hechos. Se dirige a la barra y me pide un Cosmopolitan, que yo bebo con gratitud.

—Mira —le digo—, me he traído mi maletita, como en los viejos tiempos.

Él se queda como anonadado unos segundos y luego se ríe y dice:

—¿Qué llevas dentro?

—Oh —replico yo—, las llaves nada más, me temo. Y mi cartera.

Pero ya estamos un poquito más distendidos después de esto. Charlamos alegremente y él me pone una mano en la rodilla. Me siento bastante esplendorosa —medio emocionada por estar con él—. Normalmente él opina que es absurdo ir al *pub* nosotros dos solos, pero esta noche sig-

nifica que tenemos que dedicarnos el uno al otro algo de atención, en vez de repanchigarnos durante unas horas delante de la tele hasta quedarnos dormidos.

— Antes de salir de casa dudaba de si debía ponerme de traje —reconoce pasado un rato. Me agrada que sintiera que esto podía ser así de importante, pero me alegra que descartase la idea.

Abreviando lo que podría ser una larga historia: nos tomamos un par de copas más y disfrutamos de una cena muy agradable (el primer plato tengo que cambiárselo a Herbert por el mío, pues muestra bastantes reparos ante lo cruda que le sirven la ternera asada), tras lo cual nos recogemos y nos vamos a la cama. En este punto corro un tupido velo sobre los pormenores, no por pudor, sino porque después de dos cócteles, un vodka con tónica y media botella de vino se me nubla un poco la memoria. Tengo el vago recuerdo de que en algún momento hicimos la postura de la Amazona al Revés, pero no sé decir más. Sin embargo, lo que sí puedo divulgar es que también echamos un polvo la tarde del día siguiente (totalmente fuera de programa).



Nuestra primera seducción probablemente parezca bastante insulsa para una pareja que en esencia ya había practicado el sexo con anterioridad. Pero tenéis que recordar que partimos de una base bien baja.

Sin contar la fase inicial de nuestra relación, Herbert y yo nunca hemos llevado una vida sexual superactiva. Realmente nunca ha ocupado un papel destacado en nuestra identidad como pareja. Lo cual no quiere decir que no disfrutemos con el sexo; es solo que muchas veces tanto a él como a mí nos trae bastante al fresco. Sin embargo, en los últimos dieciocho meses la situación ha empeorado especialmente, debido a una razón muy concreta.

La regla me ha durado de manera más o menos ininterrumpida dieciocho meses. En julio del año pasado me retiraron el implante contraceptivo. Craso error. Al parecer, mi cuerpo ha olvidado cómo regularse sin hormonas sintéticas. Estoy hecha un desbarajuste emocional, hormonal y físico, soy toda migrañas, náuseas, tobillos hinchados y misteriosos dolores que en los peores días es como si se me extendieran desde el vientre hacia las muñecas. Si me apartas los párpados de los ojos, por dentro están de un blanco nuclear. Me encuentro permanentemente agotada.

Mi error fue comentarle a mi médica de cabecera que estábamos planteándonos intentar tener un bebé. Ahora me parece que hace una eternidad de aquello; el deseo de la reproducción se me fue a raudales junto con los últimos restos de vitalidad. Pero en mi historial debe de haber quedado una anotación al respecto, ya que cada vez que consulto qué podemos hacer, ella me propone que recurra a la

fecundación in vitro. Yo no quiero una fecundación in vitro. Solo quiero sentirme mejor.

En abril me harté de escuchar que tenía que «esperar cuatro meses a ver si la cosa se estabiliza». Pensé que para entonces estaría ya para el arrastre. Pedí que me pusieran un DIU, pues la vez que había usado esta técnica el flujo menstrual se me había detenido por completo. Mi médica de cabecera me miró consternada y me preguntó si comprendía que con un DIU no me sería posible quedarme embarazada. Cuando le dije que a lo mejor no importaba si tenía hijos o no, fue como si estuviese rompiendo un tabú. Era como si todo un abanico de estereotipos culturales hubieran encajado en el instante en que una mujer de treinta y tantos años entró en la consulta. A mi edad, se suponía que debía dar prioridad a mi capacidad reproductora por encima de mi salud.

Tuve que esperar dos meses para que me colocasen el DIU. Entretanto, irónicamente, sufrí un aborto espontáneo. No tenía ni idea de que estuviese embarazada, porque no había dejado de manchar. En cualquier caso, el DIU no supuso el menor cambio en la situación. Cuando al cabo de dos meses volví para la revisión, me dijeron que esperase otros dos meses a ver si la cosa se estabilizaba. No se estabilizó.

En octubre fui otra vez a ver a mi médica de cabecera.

—Vuelva dentro de cuatro meses —me dijo la doctora. A esas alturas, me temo que pegué un grito allí mismo, en la consulta. Normalmente no soy muy de dar voces, pero es que me sentía más allá de la desesperación.

—No puedo estar esperando meses —dije—. Todo sigue igual.

—Bueno, ¿y qué quiere que haga? —preguntó ella, un tanto a la defensiva.

—Deme algo para detener el sangrado y un volante para ir a un ginecólogo.

—Está bien —dijo ella. No me había dado cuenta de que estaba esperando a que yo le diese indicaciones. Me recetó la píldora y al cabo de tres semanas pareció que eso había mitigado los peores síntomas de hemorragia. Con el volante, pude tirar de mi seguro médico para adelantar la cita con el ginecólogo.

El tipo puso los ojos como platos cuando le conté mi historia. A continuación me examinó debidamente. Mi cérvix —dijo— estaba rojo como un tomate, con una hipertrofia de tejidos por la parte exterior, y sangraba profusamente a la menor presión.

—¿Nadie le ha mirado esto hasta ahora? —dijo—. Salta a la vista que no está bien.

Esto fue la semana pasada. En un par de días se había ocupado de pedirme otro escáner (esta vez transvaginal, realizado con ayuda de un consolador de feria que emite ultrasonidos) y, para la próxima semana, una colposcopia (una inspección de mi cérvix mediante una cámara de aumento) y una biopsia.

Me pasé los tres días siguientes a mi visita sonriendo de oreja a oreja como un gato petulante, encantada de haber tenido por fin la oportunidad de llegar al origen de mis problemas. Entonces, de repente caí en la cuenta de lo que

todo aquello podría querer decir. Que la semana que viene me voy a someter a una prueba para averiguar si padezco cáncer de cuello de útero. No soy capaz de reunir siquiera el valor suficiente para pensar en lo que podría significar si da positivo.





Seducción nº 2

Rendición

Programamos nuestra segunda seducción (ahora le toca a Herbert) para el sábado por la tarde.

Yo trabajo en el ámbito de la enseñanza, ayudando a los profesores a ser más creativos, y el viernes por la noche imparto un curso de formación con alojamiento incluido. Esto quiere decir que dispongo de un montón de tiempo para preguntarme qué diantres planearé —y si, realmente, se las apañará para planear alguna cosa en absoluto— mientras yo me dejo los sesos tratando de entretener a un puñado de perfectos desconocidos, todos los cuales están al parecer un tanto extrañados de que el restaurante de un hotel de cuatro estrellas no sirva raciones pantagruélicas de comida.

El curso acaba el sábado a la hora de la comida, y mando un mensaje a Herbert: *Estoy en casa en unos tres cuartos de hora. ¿Salimos a comer algo?*

El pitido de su respuesta no se hace esperar: *Antes la seducción.*

Jobar. Experimento lo que creo podría denominarse un escalofrío erótico. Acallo el pernicioso pensamiento de que más vale que sea rápido, porque me estoy muriendo de hambre.

Mientras vuelvo a casa en el coche ensayo mentalmente una disculpa previa por el estado en que se encuentran mis ingles (supuestamente, la señora que me hace la cera no puede hacérmela cuando se le fastidia el coche), y me pregunto si puedo escabullirme al cuarto de baño a cepillarme los dientes antes de que empiece el espectáculo.

La verdad es que estoy bastante nerviosa en el momento de abrir la puerta de casa. Reina un silencio absoluto. Hay una nota en medio del suelo del vestíbulo que dice: «Seducción». Dejo mis bártulos en el suelo y la abro.

Sube al dormitorio y desvístete. Hay un fular en la cama: pónitelo para vendarte los ojos y túmbate. Debería haber una temperatura agradable y cálida.

Cuando estés lista, entraré. No te diré nada. Te ataré las manos con el cinturón de la bata y a continuación te estimularé. Si no te sientes cómoda en algún momento, solo tienes que decírmelo.

Vaya. Primero pienso: ¡Joder!, y a continuación me noto ligeramente encantada. Pues sí que me ha visto el plumero... Percibo enseguida que todo esto conecta direc-

tamente con una conversación que mantuvimos hace un par de semanas, en la que yo dije que a veces me gusta recibir sin más el placer que él me da, sin tener que preocuparme por devolvérselo. También, estoy tratando de aguantarme la risilla por lo del detalle concreto del cinturón de la bata, en vez de, digamos, algo menos prosaico. ¿Un cordón de seda, tal vez? No: el cinturón de la bata. No exageremos la cosa, ¿eh?

Herbert, pues, debe de estar sentado en la habitación de invitados, esperándome. Esto de por sí es, de alguna manera, bastante excitante. Me quito la ropa y dejo las prendas dobladas encima de la cómoda, y después me siento en la cama. Mi fular de estampado de cachemir está delicadamente puesto encima de la almohada. Me vendo los ojos con él y me recuesto, mientras me pregunto hasta qué punto puede guiarse él solo escuchando desde el otro lado de la pared.

Obviamente está escuchando con mucha atención: no tengo que esperar mucho rato. Entra y yo emito una risita, apenas audible. Creo que deseo transmitirle alguna señal de que me siento contenta, más que aterrada. Él se resiste a decir hola, como yo espero que haga. En vez de eso, oigo que se dirige hacia mí. Suavemente, levanta mi mano derecha, la besa y luego me ata el cinturón alrededor de la muñeca. Se está comportando — me percato de ello — de un modo deliberadamente tranquilizador: el cordón es un objeto suave y conocido, atado no demasiado fuerte, del que se puede escapar perfectamente. Hace lo mismo con la otra mano.

Mis sentidos están ya trabajando de una manera por completo diferente de lo habitual. Privada de la vista y sin poder tocar de forma activa, tengo la sensación de que el mundo es más espacioso, como si dijéramos. Soy consciente de las pausas que se producen entre los instantes en que Herbert me toca, e ignoro qué pasará a continuación. Mi sentido del olfato está activado también: percibo en él un aroma que no me resulta familiar, y me pregunto si se habrá puesto loción para después del afeitado solo para jugar conmigo (por lo general, se toma la loción de afeitado como si fuese una especie de afrenta a su estatus de hombre natural). Creo, pensándolo bien, que no es el caso. Creo que simplemente lo estaba percibiendo todo de un modo diferente.

Esa misma tarde, después, me cuenta que habría querido saber si yo estaba preguntándome si era él o no. Pero, a decir verdad, el efecto fue justo el contrario: caí en la cuenta de que le conocía por otros muchos medios aparte de la vista y el oído. Se me hizo raro no poder moverme, ni acomodarme ni tocarle a él a mi vez; todo lo experimentaba de un modo mucho más intenso de lo habitual, y disfruté bastante con la idea de que estaba entregándole mi cuerpo a H, rindiendo todo control sobre lo que él hacía o veía. Con la venda puesta, me sentía también más anónima, más capaz de aceptar lo que me daban a mí. Podía contener el aliento y gemir; de hecho, me resultó más necesario de lo habitual, al tratarse de nuestra única vía de comunicación.

Fue interesante comprobar, sin embargo, que a pesar de que todo resultó intensamente placentero, tuve que es-

forzarme para llegar al orgasmo, hasta que finalmente él me desató y yo pude moverme con más libertad. Creo que esto a H le preocupó más que a mí (en un momento dado le dio por introducir en la ecuación el cepillo de dientes eléctrico, hasta que se puso a emitir pitiditos como loco en defensa de sus pilas descargadas).

Para mí, el sentirme finalmente sin ataduras fue como la maravillosa apertura de unas compuertas, sobre todo teniendo en cuenta que él se había abstenido de besarme hasta ese momento. Puedo decir, con la mano en el corazón, que ese primer beso fue uno de los besos más deliciosos que nos hemos dado en la vida.



Después de poner punto final en el jacuzzi del hotel a nuestra racha de abstinencia, no echamos ningún polvo en cuatro meses. La última vez que lo intentamos siquiera, la cosa acabó en una bronca de dimensiones bélico-nucleares. Meter el sexo en una riña tiene algo especialmente peligroso. Es como echarle un comprimido de menta a una Coca-Cola: la explosión resultante es inimaginablemente desproporcionada. El más leve comentario puede equivaler a un auténtico vapuleo a tu sentido de la valía sexual.

No es fácil describir una bronca sin dar a entender que uno de los dos o los dos a la vez nos pasamos de la raya con el otro o no nos comportamos razonablemente. En mi casa yo soy la instigadora nata de las peleas, mientras que H prefiere poner la otra mejilla, hasta límites que me sacan de mis casillas, para de repente estallar llevado por la ira cual un Hulk en pleno ataque de furia. Esto refleja nuestros puntos de vista básicos sobre la materia. Para mí las discusiones son en gran medida inofensivas vías de escape de la olla a presión, una oportunidad para ventilar el ambiente. Por su parte, H las entiende como un peligro letal en potencia. Es capaz de casi cualquier cosa con tal de evitarlas y después, cuando ya no puede soportarlo más, se comporta como un oso irritado.

Supongo que estoy proporcionando este telón de fondo para poder explicar lo rara que fue esta bronca en concreto. Para variar, no fui yo la que picó a Herbert (estaba haciendo absolutamente todo lo posible por comportarme de un modo amable y delicado, y por no cerrarme en

banda). Lo más probable es que esto en particular fuese lo que le fastidió. Seguramente se lo tomó como un intento por mi parte de pillarle con el pie cambiado.

Acabábamos de bajar de la habitación tras un lamentable y francamente desventurado intento de polvo. Con sinceridad, no recuerdo si la cosa había finalizado satisfactoriamente para alguna de las dos partes, pero tanto él como yo estábamos muy callados. En mi recuerdo veo a H trajinando en los fogones. Es última hora de la tarde; está anocheciendo. Él lleva puesto su batín.

— Cariño — digo, lo más dulcemente posible —, he visto que antes te estaba costando concentrarte.

— ¿A mí? — dice él.

— Sí. Creo que entiendo por qué. ¿Es posible que, ya sabes, se te quiten un poco las ganas por todo lo que está pasando, con esto de la sangre y tal?

H pone cara de espanto.

— No. Para nada. No me quita las ganas. Está todo bien.

— Pero si no lo está, ¿no?

— No, yo no lo veo así.

— Herbert, creo que los dos sabemos que has estado... haciendo esfuerzos para... mantener la erección.

Silencio.

— No. No puedo decir que me haya fijado.

— Herbert. — Esto es exasperante. Pensé que tal vez se enojaría, pero en ningún momento se me ocurrió que le diese por negarlo directamente.

Nada.

—Herbert, estoy intentando hablar de ello con la mayor delicadeza posible, pero lo que quiero decir es que puedo entender por qué podría ser que te estuviese resultando tan difícil. Hay toda clase de cosas de las que debes preocuparte. No es de extrañar que te esté afectando.

No hay respuesta, nuevamente.

—Herbert —digo—, necesito que por lo menos me contestes.

Se gira hacia mí.

—Bueno, si vas a hacer que te lo diga, a mi pene no le pasa nada. Eres tú. Ya no estás lo bastante prieta, nada más.

Os dejaré a vosotros imaginar las dimensiones de la bronca que se desencadenó a continuación. Durante un rato trato de rebatir su argumentación. Acepto totalmente que mi vagina ya no es el paraíso que solía ser, le digo (aunque es muy posible que me saliese en forma de: «¡Tengo el chichi que parece el Abismo de la Desesperación! ¿Qué quieres que le haga?»; tengo un talento especial para soltar exabruptos con connotaciones literarias), pero un pene flácido es un hecho objetivo. No es posible negar su existencia. Está ahí, es lo que hay.

H no piensa seguir hablando de eso. Es como si algo se hubiese roto dentro de él. Lleva un año siendo un marido que apoya a su mujer, siendo paciente y haciendo la vista gorda. Ha sido empático, me ha consolado y, a veces, ha recogido la sangre él mismo. Ha tolerado mi necesidad ocasional de cambiar las sábanas antes de que aparezca la asistenta, para después dejarla cambiarlas otra vez para que

no adivine que algo va mal. Ha mantenido conversaciones francas con nuestros amigos sobre mis problemas sin papapetarse nunca tras un azoramiento masculino. Le duele en el alma que le acuse de que no le pongo, aunque esto signifique que lo diga de una manera bastante más hiriente. Se ha esforzado lo indecible para tener una conducta intachable a lo largo de toda esta movida.

Cuatro meses después sigo sin saber si es consciente del declive de sus erecciones o no. Supongo que es perfectamente posible que haya borrado el tema de su mente (debe de haber estado tratando de borrar ya muchas otras cosas de su mente). Sea como sea, acabé hecha un guiñapo lloroso en el suelo. Me sentía como el engendro más asqueroso y fétido que pudiera existir. «Ojalá te marchases sin más y encontrases a alguien para follar», le decía sin parar. «Yo ya no te puedo ofrecer eso». H solo me abrazaba fuerte y me decía en susurros: «Lo siento mucho», una y otra vez, apretando la cara contra mi pelo.

Las discusiones son un extraño estado alterado de la conciencia. Los psicólogos hablan del «torrente» de sustancias químicas que inunda el flujo sanguíneo cuando estamos enfadados, y que puede incluso llegar a impedir el control racional sobre nuestros actos. Yo solo sé que es perfectamente posible decir una cosa durante una bronca, con toda la intención y convicción del mundo, y luego, una hora después, darte cuenta de que no pretendías decir eso en absoluto. Es como si te hubieses dejado arrastrar por la lógica intrínseca de la pelotera, y ya no supieses si estás patas arriba o patas abajo. A Herbert le mortificaba

haberse negado a asumir alguna responsabilidad por su participación en la muerte de nuestra vida sexual (y yo en realidad no deseaba que se largase y se acostase con otra). Ni él ni yo teníamos razón como para decir lo que dijimos, pero, en fin, uno de los misteriosos privilegios de formar parte de una relación en la que hay compromiso es que uno puede expresar sus pensamientos más negros y aun así ser perdonado.

Dicho esto, comprenderéis por qué en los cuatro meses siguientes ninguno de los dos mencionó el sexo siquiera. Simplemente, no sabíamos desde qué punto empezar de nuevo.

